

D. PEDRO, *se levanta impaciente, en ademán de irse.*

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama V.?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se ríe de entrambos.*)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es también demasiado! Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia. Cierto que me ha chocado. Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiarse.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nación culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la espresion! Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. Disparates! ¡Cuidado que...

PIPI.

No haga V. caso.

D. ELEUTERIO, *hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle.

El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor.....

PIPI.

Calle! ¡Hay traidor también! ¡Como me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...

Y mientras mis esperanzas.....

Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! á que buena ocasion llega V.!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO,
D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la órden de V.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario; lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan*

los demas.) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

V. me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. V. solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de V., el mas ameno de nuestros días, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendas si que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso si; pero díganos V. lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

Disparatada? ¿Y quien ha propuesto en un aserto tan...

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos V. lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Si diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pe-

ro lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

D. ANTONIO, *siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*

Yo reviento.

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

Mythoi eisin yparchousin.

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á V. se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epitasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escaligero, Vossio, Dacier, Marmontel, Casteivetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero..

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los Megareos, los Siculos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Meneocrátes y Pherecrátes...

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á V. que...

D. HERMÓGENES.

Y los mas celeberrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nomine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

D. PEDRO, se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.

A Dios, señores.

D. ANTONIO.

¿Se va V., don Pedro?

D. PEDRO.

¿Pues quien, sino V., tendrá frescura para oír eso?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martín Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatinado...

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento; probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal aserción.

D. PEDRO.

Pues yo delante de V. la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella, y por ser V. el que la ábona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento; y que V. es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, señores.

(Hace que se va y vuelve.)

D. ELEUTERIO, señalando á don Antonio.

Pues á este caballero le ha pareci-

do muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quien es; pero si Vds., como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle Vds. que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la Nación, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que...

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epístolas que V. es un pedanton ridiculo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, PIPI.

D. HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (Encarándose hácia

la puerta por donde se fue don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empuja á llover...

D. HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de V., señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. ANTONIO.

Si señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya V.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleu-

terio. Quiero decir que no haga V. caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve V. si yo sé algo...

D. ELEUTERIO.

Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como V., ninguno.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudición, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. Eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos ilumina.

D. HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

Picardía! ¿Y V. qué hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí á oír una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que V. se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame V., ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á V. á cuenta de los quince doblones

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe V. las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene V. algun pico en la hosteria, tambien se....

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(Vase Pipi por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa V. Mariquita, como V. sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: Vds. estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo,

se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, V. saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á V.: ¿no es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mugeres ya estarán....

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celeberrimo dicho del Poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

¡Pues, no le digo á V.! Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces, oh! entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el Cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(Vanse por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame V., es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

D. AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

D. MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas....

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

D. AGUSTINA.

Pero ¿V. hace caso de ella? ¿Que tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿que hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán... Deje V. Podrán ser ahora...

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (Saca su reloj.) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

D. AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente. (Siéntanse todos, menos don Eleuterio.)

D. SERAPIO.

¿Que gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia.... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

D. AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se ve... comedia nueva, autor nuevo, y....

D. AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos.... Pero ¡como los hice rabiar! y que....

D. ELEUTERIO.

Soy con Vds.; voy aquí á la librería, y vuelvo.

D. AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué